

## REVISTA DE LIBROS

*Estudios de filosofía del lenguaje*, de FRANCISCO RODRÍGUEZ CONSUEGRA, EDITORIAL COMARES, GRANADA, 2002, 224 pp., 12,60 €.

El libro que se reseña es una compilación de artículos que su autor ha publicado, o están en preparación, tanto en revistas internacionales como nacionales y que sirven de antesala para las ideas que Rodríguez Consuegra promete defender y sistematizar en su libro *Relational Ontology and Analytic Philosophy* de próxima aparición. En concreto, consta de seis trabajos reunidos en torno a una línea estructural clara: la influencia que las posiciones de algunos padres de la filosofía analítica, Frege y especialmente Bradley, ejercieron sobre los que se consideran los autores clásicos de esta corriente: Moore, Russell y Wittgenstein. De ahí que, como se señala en la introducción al libro, un título más apropiado podría ser Estudios de filosofía analítica, si no fuera por la centralidad de los problemas lógicos-semánticos en el desarrollo del mismo.

La línea estructural que he mencionado se vertebra en tomo a la paradoja de Bradley sobre las relaciones, así como a sus diversas consecuencias y formulaciones, que se toman como el origen de la filosofía analítica posterior. La paradoja sobre las relaciones puede reformularse de la siguiente manera: Una relación, R, entre dos términos cualesquiera, A y B, no puede tener existencia independiente pues, entonces, habría que postular una nueva relación, R', que uniera R con A y B, y así sucesivamente, obteniendo con ello un regreso al infinito.

Esta formulación general de la paradoja de las relaciones se concretiza en varios temas de carácter lógico que serán recurrentes a lo largo del libro. Entre ellos, son de destacar los siguientes: i) el rechazo de la distinción entre sujeto y predicado; ii) la defensa de una teoría coherentista de la verdad como alternativa a las ahora paradójicas teorías correspondistas de la verdad; iii) el reconocimiento de que las relaciones, ya sean externas o internas, son contradictorias; y iv) el análisis de la naturaleza de los complejos. Este último tema es el punto clave para la reconstrucción de la filosofía analítica clásica que realiza Rodríguez Consuegra, en el que no se permite un análisis en términos, cualidades y relaciones de los complejos si queremos determinar su forma.

La paradoja, así como sus consecuencias inmediatas, se exponen en el primer capítulo, "Las relaciones en Bradley y Frege: un problema profundo y general", en el que además se muestra como Frege se enfrentó a problemas similares y se señala las influencias de ambos vectores en la filosofía analítica, influencias que se desarrollan en los cinco trabajos restantes.

Una formulación más precisa de la influencia del vector bradleyano la encontramos en el segundo capítulo, "Bradley y la filosofía analítica: lenguaje y ontología". Aquí el autor considera treinta y tres tesis que podemos encontrar en las obras posteriores de Moore y Russell. Organizadas dichas tesis en cuatro subsecciones, (que se corresponden a las etiquetas generales de antipsicologismo y referencialismo, lógica y

ontología, teoría del conocimiento, y metodología), van desde aquellas tradicionalmente reconocidas en Moore y Russell, hasta otras tesis ciertamente controvertidas. Entre estas segundas cabe mencionar, entre otras, la número 17 según la cual en Bradley ya estaría la idea del isomorfismo entre lenguaje (pensamiento) y realidad, aunque fuera sólo de un modo parcial; o la 32, en la que se mantiene que existe una gran diferencia entre la forma gramatical y la forma lógica de los juicios y los conceptos.

“La primera filosofía de Moore: ontosemántica y método”, capítulo tercero, forma una especie de puente entre el análisis de las posiciones de Frege y Bradley y su aportación a la filosofía de Russell y Wittgenstein. En efecto, el propósito de este artículo es estudiar un período de Moore poco conocido, el comprendido entre 1897 y 1903, comprobando el matiz que dicho autor proporciona a las ideas de Frege y Bradley ya expuestas en los primeros capítulos, el cual puede permitirnos una lectura más comprensiva de la filosofía posterior, tanto de Moore, como de Russell y Wittgenstein.

Los tres últimos capítulos del libro pueden considerarse en bloque, en tanto que analizan diversos aspectos de un mismo problema que se le plantea a Russell y que culmina en el Wittgenstein del *Tractatus*. El problema en cuestión es el de la naturaleza de los complejos, problema que se articula desde las diferentes formulaciones de la paradoja de Bradley sobre las relaciones.

De esta manera, surgen una serie de cuestiones de las que mencionaré sólo algunas de ellas. En primer lugar, siendo esta parte del capítulo cuarto inédita hasta el momento, el autor argumenta a favor de la importancia de las paradojas de la teoría de conjuntos en el desarrollo de la teoría de las descripciones, pues mostraban los fallos que tenía el lenguaje ordinario. En segundo lugar, se analizan los trabajos inéditos de Russell que precedieron a “On denoting”, los cuales muestran tanto el tortuoso camino por el que llegó a la teoría de las descripciones, como la importancia de la teoría de la sustitución, cuyo abandono supone la continua reformulación de la denotación para recuperarla, y desmienten la creencia ampliamente aceptada de la primacía de las descripciones con respecto a la distinción epistemológica entre conocimiento por descripción y conocimiento directo, mostrando cómo ésta es anterior y cómo constituye un punto clave en la resolución de los problemas que daría finalmente con la teoría ya clásica.

Por otro lado, el penúltimo capítulo está dedicado al Russell del atomismo lógico (período comprendido entre 1910-1918). En concreto, en él se intenta mantener que la ontología de este movimiento estaba avocada al fracaso porque, por una parte, las proposiciones se reducían a relaciones y por lo tanto estaban sometidas a la paradoja de Bradley y, por otro, las funciones preposicionales se definían en términos de proposiciones, con lo que todo el edificio se veía aquejado del mismo problema.

El último capítulo, “Wittgenstein y la teoría russelliana de la proposición”, tal vez sea el más llamativo ya que supone una ampliación del original publicado en *Teoría* [(1992), Vol. 7, pp. 16-18]. En él se hace un recorrido por la teoría del juicio de Russell, así como por su noción de forma, mostrando los problemas que condujeron a las diferentes salidas de Wittgenstein y Russell. Una de las consecuencias más novedosas de la argumentación de este trabajo está en obligarnos a pensar que tal vez no fuera Wittgenstein el que influyera de manera decisiva en la noción de Russell de forma, sino Bradley y sus problemas con las relaciones, siendo el autor del *Tractatus* el último heredero de ese legado.

Dadas las limitaciones propias de una reseña, las pretensiones de ésta no han ido más allá de una mera exposición de la estructura así como de las ideas principales, lo cual espero anime a los interesados en la historia y en la génesis de la filosofía analítica a la lectura de esta recopilación de ensayos, no exenta de asperezas y controversias, en el convencimiento de que se encontrará una base para realizar una nueva interpretación de los principales autores que marcan el inicio de dicha corriente.

José E. Chaves Ruiz  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Granada  
E-mail: josechp@fedro.ugr.es

*Las Edades del Mundo. Textos de 1811 a 1815*, de F. W. J. SCHELLING, prólogo de PASCAL DAVID, edición de JORGE NAVARRO PÉREZ, MADRID, EDICIONES AKAL, 2002, 259 pp., 20.80 €.

Esta obra de Schelling constituye la gran puerta de entrada a lo que se denomina su filosofía tardía [*Spätphilosophie*]. Una puerta que viene precedida de una pequeña avenida hacia la que el filósofo de Leonberg gira de modo inesperado en el denominado *Freiheitschrift* de 1809, la última gran obra que publicó en vida, tras la ruptura con Fichte y dos años después de la publicación de la famosa *Fenomenología del Espíritu* por su amigo y a partir de ahora ensombrecedor rival, Hegel. Schelling tiene desde entonces ante sí claramente dibujado el rumbo estrictamente idealista que tomará su temprano Sistema de la Identidad en la versión hegeliana.

En tal contexto debe contemplarse la presente obra que, en realidad, está constituida por tres manuscritos compuestos entre los años 1811 y 1815, los cuales permanecieron inéditos en vida del autor. Es una obra inacabada, pues de las tres partes de que debía constar, cada una de ellas centrada en una de las tres épocas o Edades [*Weltalter*] que integran y constituyen la totalidad de los tiempos, el Pasado, el Presente y el Futuro. Schelling sólo escribió la primera, el Pasado, de la que se traducen aquí tres versiones. Además la publicación de la obra es póstuma. Quizás porque en ella se abre una crisis que no sólo debe ser considerada como algo que afecta a la biografía del autor, con su aspecto de crisis psicológica de una estrella que de pronto deja de brillar ensombrecida por otra estrella entonces en ascenso (Hegel). Pues hoy sabemos que la crisis fue positiva y muy creativa ya que a partir de estos fragmentos Schelling conseguirá edificar un nuevo tipo de Sistema muy diferente de su más conocido primer Sistema de la Identidad (como se puede comprobar con la publicación de una copia de sus lecciones dadas en la Universidad de Munich en el curso 1827-28; véase: F. W. J. Schelling, *System der Weltalter. Münchener Vorlesung 1827/28 in einer Nachschrift von Ernst von Lasaulx* (1990), editado por S. Peetz, Frankfurt, Klostermann; desde aquí instamos a quien corresponda promover su traducción al español). En estas lecciones aparece de pronto un Schelling en directo, con una audiencia muniaguesa tan numerosa como la que por entonces tenía el Hegel triunfador de Berlín. Posteriormente el propio Schelling, tras la muerte de Hegel, ocupará su cátedra en dicha ciudad en 1841, pero el éxito de Munich no se traspasará a Berlín y Schelling acabará retirándose definitivamente pocos años antes de su muerte en 1854. Hoy podemos decir que la

crisis que padeció Schelling es la crisis que todos padecemos hoy, bajo la denominación de “crisis de la modernidad”, “postmodernidad” o como se quiera llamar. Y la padeció como la transición de una concepción monista idealista de la filosofía, que era la que representaba el Sistema de la Identidad en su triunfante versión hegeliana, en la que el Espíritu [*Geist*] es el modo más alto de la Identidad, a una concepción dualista representada por la imagen doble, desgarrada, trágica, que ofrece el *System der Weltalter*. Aquí se anticipa la división de la filosofía en la época de Berlín entre una filosofía positiva y una filosofía negativa, como dualidad irreductible que arrastrará toda filosofía que intente ir más allá tanto del realismo como del idealismo, únicas posiciones de fondo, según este tardío Schelling, que la historia de la filosofía había desplegado hasta entonces.

Pero una nueva sistematización de la filosofía exige un nuevo método o forma de pensar. La aportación de Schelling consiste ahora en que la exposición sistemática de la nueva filosofía debe abandonar el *more geométrico*, la forma de sistematización deductiva y muy propia de la denominada filosofía moderna, que todavía usaba Fichte, para tomar la forma de un relato, de una razón histórica, en un sentido muy similar al que proponía Ortega y Gasset. Se trata de “historizar el absoluto” para decirlo en la terminología de entonces, de considerar al Absoluto o a Dios, no ya *sub specie aeternitatis*, como si estuviese fuera del tiempo, sino entendiéndolo temporalmente, como un Dios en devenir [*Gott im Werden*], que se hace a sí mismo a la vez que hace al mundo. Lo cual implica una concepción no ya racionalista-idealista, como era la del “Dios de los filósofos”, sino más bien vitalista, pues Dios es, para este Schelling, no un ente metafísico plantado allá arriba, sino un ser vivo primordial [*Urlebendiges*]. Por ello, aunque Schelling utilice una terminología teológico-filosófica, como hacían también sus pares Fichte y Hegel, sin embargo cabe una interpretación no teológica, sino antropológica de esta obra, como ya se ha hecho por parte de seguidores de Heidegger y Gadamer, como W. Wieland [*Schellings Lehre von der Zeit. Grundlagen und Voraussetzungen der Weltalterphilosophie* (1956), Heidelberg, Carl Winter], el cual constata, en estos textos que reseñamos, un anticipo único y precioso de la novedosa concepción heideggeriana del tiempo, la cual procedía directamente de los análisis de la fenomenología husserliana. Por ello nosotros, —a diferencia del prologista francés de esta edición española, Pascal David, el cual abunda en esta comprensión schellinguiana del tiempo en la línea de un Heidegger *avant la lettre*—, mirando a nuestra propia tradición insistimos en que también hay aquí, y no en Hegel como ha veces se ha creído, además de una posible lectura desde el materialismo, como la hecha por Habermas en su tesis doctoral, un anticipo de la razón histórica y vital orteguiana, manifestado, entre otras cosas, en la figura mitológica de los Dióscuros, usada por Ortega como emblema de su posición ni realista ni idealista y a la que se acoge Schelling para señalar la estructura dual de la vida divina originaria: “[...] al igual que en todo lo vivo, también en lo vivo primigenio hay una duplicidad que tras descender por muchos niveles se ha determinado en lo que entre nosotros aparece como luz y tiniebla, masculino y femenino, espiritual y corporal. De ahí precisamente que las doctrinas más antiguas se representaran la naturaleza primera como un ser con dos maneras de actuación contradictorias” [Schelling, *Las edades del mundo*, p. 178].

Cabe también una lectura desde la Razón fronteriza de Eugenio Triás en la cual este segundo Schelling aparece como modelo de una nueva sistematización filosófica. Hoy, por razones que no es el caso desarrollar aquí, frente a la interpretación desde el

materialismo que del último Schelling llevamos a cabo como tesis doctoral [Fernández Lorenzo, M. (1989), *La última orilla. Introducción a la Spätphilosophie de Schelling*, Universidad de Oviedo], nos inclinamos por la interpretación de Trías, tal como se va sustanciando en progresión creciente en sus últimos libros, especialmente en *La razón fronteriza*. Pues Schelling, según Trías nos ha ido enseñando a ver, mostrándonos los indicios cada vez más claros de su resurgimiento filosófico, y en coincidencia con un paulatino ensombrecimiento de Hegel [Trías, “El triunfador y el perdedor (Hegel y Schelling)”, *Pensar en público*, Barcelona, Destino, pp. 310-3], podría estar empezando a significar para la filosofía contemporánea algo similar a lo que Espinosa, también largo tiempo incomprendido, significó para el Idealismo alemán. Para él era Espinosa una auténtica Meca filosófica, pues solamente, como solían decir tanto Schelling como Hegel, el que alguna vez en su vida se hubiese bañado en las cristalinan aguas de su filosofía podría entender la modernidad filosófica. Hoy diríamos que quién no haya experimentado alguna vez en su vida, como el último Schelling (un Schelling que ha permanecido en la incompreensión durante más de un siglo) el sentido temporal y trágico de la existencia, del estar en el mundo, no penetrará jamás en la filosofía contemporánea, caracterizada por la crisis de la modernidad, la postmodernidad o como se la quiera llamar. Este Schelling, a nuestro juicio, puede ser tan fecundo para orientar la reflexión filosófica que se proponga altos vuelos hoy como lo fue Espinosa para Jacobi, Reinhold, Fichte y el propio Schelling, al que F. Schlegel llamaba “Spinoza redivivus”.

Un resumen del contenido de las tres versiones de las *Edades del mundo*, señalando sus variantes, lo proporciona la Introducción de Jorge Navarro Pérez. Por lo demás, y a título de recomendación personal, puede ser clarificador comenzar leyendo el final del libro [a partir de la p. 256] donde el autor se refiere a la filosofía de Espinosa y traza un pequeño esbozo histórico-filosófico muy ilustrativo para comprender el planteamiento dualista realista-idealista, tan importante en su obra más tardía bajo la forma doble de la filosofía (positiva y negativa), tal como él mismo la encuadra en la tradición histórico filosófica. Dicho esbozo histórico-filosófico irá creciendo en cursos posteriores hasta constituir una obra aparte, la cual ha sido traducida con el título de *Lecciones Muniqueas para la Historia de la Filosofía Moderna* [(1993), Málaga, Ediciones Edinford S.A.].

Manuel F. Lorenzo  
 Universidad de Oviedo  
 Departamento de Filosofía  
 E-mail: florenzo@correo.uniovi.es

*From Hand to Mouth. The Origins of Language*, de MICHAEL C. CORBALLIS, PRINCETON, PRINCETON UNIVERSITY PRESS, 2002, 257 pp.

La suposición de que las formas más primitivas de lenguaje empleadas por los seres humanos (o por sus antepasados) tuvieron carácter gestual y no oral ni es nueva ni ha perdido popularidad en nuestros días. Corballis la remonta al *Ensayo sobre el Origen del Conocimiento Humano* de Condillac (1747), aunque existen razones para pensar que ya era lugar común en el pensamiento antiguo tanto oriental como occidental. Una extensísima bibliografía reciente da cuenta además de su vitalidad entre los estudiosos contem-

poráneos de la evolución humana. El libro de Corballis resulta en cualquier caso extremadamente novedoso, de un lado, por el tipo y la abundancia de los argumentos en que fundamenta la tesis sobre la prioridad evolutiva del gesto sobre la voz y, de otro lado, por ciertos elementos realmente provocadores relativos a la línea de evolución que supuestamente ha conducido de uno a otro modo de comunicación.

Esquemáticas al máximo, las tesis de Corballis pueden resumirse como sigue. La aparición del bipedalismo y la consiguiente liberación de las manos a los efectos de la locomoción trajo consigo el desarrollo de formas primitivas de expresión gestual. Debíó de tratarse de un proceso largo y gradual, que arrancó hace unos cinco o seis millones de años con los primeros homínidos y pudo desembocar en formas de comunicación proto-lingüística (esto es, simbólica pero asintáctica) hace unos dos millones y medio de años. La aparición de las relativamente sofisticadas industrias líticas asociadas al erectus (en torno al millón y medio de años), así como los indicios evidentes de su dispersión intercontinental, podrían ser las marcas de un nuevo tipo de especie altamente social y dotada ya de una compleja capacidad de lectura de la mente ajena. Corballis estima que la transferencia de la recursividad propia de esta facultad a los sistemas de expresión propios de esa especie traerían consigo su sintactización sin alterar, sin embargo, el carácter básicamente gestual del procedimiento de comunicación. Estima asimismo que este estado de cosas probablemente perduró hasta hace unos 50.000 años, si bien con un lento pero progresivo protagonismo de los gestos faciales como complemento de la originaria comunicación manual. Precisamente, Corballis propone que el “descubrimiento” de las posibilidades expresivas y las ventajas de orden práctico de los sonidos provocados por los gestos localizados en la boca fue lo que finalmente motivó el desarrollo de la comunicación de tipo oral y el desplazamiento a un segundo plano de la gestual. Considera asimismo que esta liberación de las manos a los efectos de la comunicación explicaría la extraordinaria explosión que se registra en ese mismo período en los órdenes técnico y cultural, y que de todo ello supieron beneficiarse los sapiens modernos, pero no los neanderthales, lo que a su vez explicaría la extinción de los últimos hace unos 30.000 años.

El panorama así trazado no deja de resultar atractivo, en buena medida por su notable sincronización con los principales hitos de la evolución humana tal cual han ido siendo trazados a lo largo de las últimas décadas por la moderna paleoantropología. Sin embargo, las tesis de Corballis descansan en suposiciones a menudo inconcluyentes y en ocasiones directamente desencaminadas, que conviene tener presentes para juzgar la verosimilitud de la propuesta sin ceder simplemente a su encanto. Comenzaré ocupándome de la prioridad concedida al gesto sobre la voz por Corballis, pieza obviamente crucial de todo su planteamiento. Su posición es ciertamente radical y provocadora: frente a la “naturalidad” para el hombre de la comunicación gestual, la comunicación vocal no deja de ser un “artificio” descubierto y extendido entre los seres humanos en tiempos relativamente recientes, por más que haya implicado ciertos ajustes en su dotación biológica. Debe quedar claro que los términos “natural” y “artificial” son empleados por Corballis sin ningún tipo de reserva, esto es, en las más básicas de sus acepciones. Ahora bien, el argumento que fundamentalmente sirve de apoyo a tan rotunda afirmación resulta enormemente engañoso. Sostiene Corballis que la mejor prueba de la naturalidad del gesto radica en la espontaneidad con que se generan los “lenguajes de signos” (que mejor sería llamar “lenguajes de gestos”) entre las comunidades de sordos. Cuando esto sucede parece tener lugar una versión acelerada del proceso filogenético que para Corballis llevó

de los protolenguajes gestuales a los lenguajes gestuales propiamente dichos (véase arriba). Es decir, se convencionaliza en primer término un inventario de gestos que ulteriormente pasa a asociarse a un procedimiento combinatorio regular y sistemático (una sintaxis gestual). Lo que sorprendentemente pasa por alto Corballis es que no sólo la dinámica, sino la propia espontaneidad del fenómeno, son idénticas a las que se registran en los procesos de formación de “lenguas criollas” (lenguas propiamente dichas, en este caso de naturaleza oral) a partir de “pidgins” (o “lenguajes macarrónicos”, poco más que léxicos o proto-léxicos de compromiso) en comunidades de individuos sin una lengua común, bien conocidos históricamente en las plantaciones esclavistas y hasta nuestros días en zonas, habitualmente portuarias, de intenso tráfico comercial. Parece, pues, que el principal punto de apoyo para la tesis de Corballis deja la cuestión completamente indeterminada.

Es delicada, por otro lado, la secuencia de mecanismos evolutivos a la que parece confiar Corballis los procesos de “desgestualización” y “oralización” progresivos que supuestamente ha conocido el lenguaje humano a lo largo de su prehistoria. Corballis afirma, por una parte, que la oralización no necesitó de ningún tipo de proceso evolutivo específico en lo tocante al tracto vocal, cuya especial configuración en la anatomía humana considera efecto de los cambios introducidos por el bipedalismo. Entiende, no obstante, que una vez implantada, si bien incipientemente, la comunicación oral, las zonas frontal y temporal del hemisferio izquierdo del cerebro (parece que ya ancestralmente relacionado con el control de las emisiones vocales en otras especies) evolucionaron para incrementar su efectividad. Se trataría, por tanto, de un ejemplo en toda regla de “efecto Baldwin”: esto es, de la progresiva biologización de un hábito originalmente de orden cultural pero relevante a efectos de la supervivencia y la reproducción de sus practicantes. El efecto Baldwin viene siendo apelado insistentemente en los últimos años en relación tanto con la evolución del lenguaje como de otros rasgos característicamente humanos. No parece ilegítimo, por ello, que Corballis apele también a este mecanismo para explicar los ajustes requeridos para el desarrollo de la oralización. Lo que parece sin embargo problemático es la naturaleza del proceso paralelo de “desgestualización”, cuestión que Corballis deja en una sospechosa penumbra. Curiosamente, Corballis rechaza la postura de Noam Chomsky tenebrosa a aceptar que la voz y el gesto son procedimientos de exteriorización igualmente naturales para la facultad humana del lenguaje, aun cuando la exteriorización gestual es un “último recurso”, pues nadie desarrolla espontáneamente un lenguaje gestual a menos que se encuentre impedido para comunicarse a través de la voz y el oído. Pero, ¿cómo se explica que el gesto, el medio auténticamente natural de exteriorización del lenguaje según Corballis, hacia el cual estamos fuertemente inclinados desde tiempos ancestrales, haya cedido toda prominencia a un recurso artificial, hacia el cual supuestamente tenemos una propensión natural muchísimo más débil (siempre según Corballis)? Creo que la falta de una respuesta clara a esta cuestión es un segundo punto débil del libro de Corballis.

Es cierto que Corballis aporta algunas de las razones que pudieron empujar al empleo comunicativo de la voz. Pero sucede, por un lado, que estas razones únicamente sirven para dar cuenta, en el marco de Corballis, del porqué de la habilitación de la voz como artificio complementario al gesto y en ningún caso del porqué de la suplantación en toda regla del gesto por la voz. Sucede, además, que algunas de esas razones no son del todo convincentes. Son más o menos aceptables sugerencias como que el empleo de la voz pudo servir para sobrellevar las limitaciones del gesto en la oscuridad, para posi-

bilitar el ejercicio simultáneo de la comunicación y el trabajo manual o para liberar la atención visual de los receptores durante el transcurso de los actos comunicativos. No es aceptable, en cambio, la idea de que la expresión oral es más propensa a lo “arbitrario”, con las ventajas que conlleva y Corballis resume bien, porque la expresión gestual se presta igualmente a ello, como los lenguajes de signos demuestran con claridad. Tampoco es aceptable la idea de que la habilitación de un medio suplementario de expresión podría haber facilitado la especialización de gesto y voz para la consecución de efectos comunicativos complementarios, con la voz orientada hacia lo conceptual y el gesto hacia lo emocional. No es aceptable porque no se ve la razón de que la especialización no haya ido en el sentido contrario, lo que además sería esperable teniendo en cuenta que Corballis insiste en que el sonido acaso empezó sirviendo a una función protoprosódica subsidiaria de la función representativa confiada al gesto.

Las dificultades de la obra, en fin, son muchas, pero también lo eran los riesgos asumidos. En el fondo, unos y otras son los que hacen que el libro sea digno de una lectura atenta y de un crítica reflexiva. Corballis no se ha limitado a repetir lugares comunes ni ha escrito al dictado de un sentido común, o más bien ramplón, que se empeña sin mayor fundamento en ver en los gestos angustiados de quien quiere pero no consigue hablar el origen último de nuestra aspiración hacia la comunicación compleja y hacia el lenguaje, su manifestación más lograda. De hecho, como apunté en el inicio de esta reseña, la originalidad del libro de Corballis resalta especialmente en el contraste con otros trabajos recientes que han querido ver en la habilidad manual la base originaria del lenguaje. Las razones son dos. En primer lugar, porque mientras que éstos tienden a ver en la precisión para la manufactura un paso previo al desarrollo del lenguaje, Corballis invierte los términos y estima que la comunicación gestual precedió a la explosión en la sofisticación de los artefactos manufacturados. En segundo lugar, porque mientras que éstos tienden a ver en el procesamiento mental de la manipulación el fundamento de la quintaesencia formal del lenguaje, esto es, su aspecto combinatorio recursivo, Corballis entiende en cambio que se trata de una propiedad heredada de los sistemas de pensamiento a cuyo servicio se encuentra el lenguaje.

Más allá del acuerdo o el desacuerdo, *From Hand to Mouth* es un libro de muy recomendable lectura.

Guillermo Lorenzo González  
Universidad de Oviedo  
E-mail: [glorenzo@uniovi.es](mailto:glorenzo@uniovi.es)

*The Noun Phrase*, de JAN RIJKHOFF, OXFORD STUDIES IN TYPOLOGY AND LINGUISTIC THEORY, OXFORD, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2002, 413 pp.

El volumen objeto de esta reseña constituye un ambicioso estudio de carácter tipológico sobre la estructura del sintagma nominal (SN) simple desde una perspectiva funcional. La calificación “sintagma nominal ‘simple’” resulta necesaria, dado que, como el propio autor señala en diversos pasajes de su obra, el estudio de la estructura del SN complejo resulta difícil desde una perspectiva tipológica debido a la escasez de datos existentes. En consecuencia, el lector no encontrará en esta obra referencias a análisis exhaustivos relativos a fenómenos tales como extraposiciones desde el sintagma nomi-



nal, la estructura complementativa del nombre o del adjetivo, análisis detallados de las oraciones de relativo, etc., aspectos de indudable interés para la teoría sintáctica.

Los objetivos de Rijkhoff quedan definidos en las páginas iniciales de su obra. Por un lado, el autor pretende ofrecer un estudio de carácter interlingüístico sobre la estructura del SN que sirva como fundamento descriptivo para su segundo objetivo: la formulación de un modelo de representación de la estructura del SN de validez tipológica dentro de la teoría de la Gramática Funcional de Dik. Finalmente, el autor pretende formular y contrastar la validez de principios generales de orden de constituyentes para el SN.

En consecuencia, estructuraré esta reseña en tres grandes apartados a partir de los propios objetivos definidos por el autor.

### 1. Estudio interlingüístico del SN

El estudio tipológico del SN que realiza Rijkhoff se expone en los capítulos 2 a 6 de su obra, en los que examina las propiedades semánticas y morfosintácticas de los nombres y de los modificadores nominales. Para ello, el autor selecciona una muestra de 52 lenguas genéticamente dispersas, a partir del método elaborado por Rijkhoff et al. (1993).

En los capítulos segundo y tercero de su obra, el autor se centra en el estudio de las propiedades del núcleo nominal. Rijkhoff caracteriza la función primordial de la categoría nombre (y del SN) como establecer referencia a una entidad individual y discreta, o, más concretamente, en la semántica no objetivista que asume el autor, a su correlato mental. A fin de clasificar los diferentes tipos de nombres que aparecen en las lenguas del mundo, el autor utiliza la posibilidad de combinarlos con numerales y con elementos clasificadores. Esta estrategia ofrece como resultado los cuatro tipos siguientes, que el autor ilustra con ejemplos representativos de diferentes lenguas de la muestra:

“Nombres de objeto singular” (*Singular object nouns*): al combinarse con un numeral el nombre recibe marca de plural.

“Nombres conjunto” (*Set nouns*): al combinarse con un numeral, el nombre no recibe marca de plural.

“Nombres tipo” (*Sort nouns*): el numeral se combina con un clasificador de tipo y el nombre no recibe marca de plural.

“Nombres generales” (*General nouns*): el numeral se combina con un clasificador general y el nombre no recibe marca de plural.

Al margen de las propiedades combinatorias con numerales, es posible establecer una segunda clasificación de los nombres en función de las propiedades físicas de las entidades que denotan. Para ello introduce dos parámetros [ $\pm$  forma] (*shape*) y [ $\pm$  homogeneidad] (*homogeneity*) que se relacionan con la conceptualización espacial que las lenguas realizan de las entidades denotadas por los nombres.

Así, existen lenguas en las que sus nombres hacen referencia de modo sistemático a conceptos no limitados espacialmente. Dado que sólo aquellas entidades delimitadas físicamente pueden ser pluralizadas, este hecho excluye la posible combinación con numerales. La asunción es, por tanto, que los nombres que no se combinan con numerales, son del tipo [-forma].

El rasgo de homogeneidad, que el autor emparenta con las nociones tradicionales de masa y colectividad, hace referencia a propiedades inherentes del nombre. Así, un nombre masa es homogéneo, en cuanto que la entidad que denota es de carácter acumulativo y no cambia su naturaleza al ser incrementada o reducida (e.g. el agua es agua, ya nos refiramos a un solo vaso o al agua del mar). En cambio, los nombres countables no son homogéneos (e.g. añadir una mesa a otra mesa implica necesariamente la pluralización del objeto).

La combinación de los tipos de nombres anteriores con estos dos parámetros ofrece la siguiente clasificación (54):

Espacio	- Homogeneidad	+ Homogeneidad
- Forma	Nombre general	
	Nombre tipo	Nombre masa
+ Forma	Nombre conjunto	
	Nombre objeto singular	Nombre colectivo

El aspecto fundamental de esta tipología es que permite clasificar los nombres en términos aspectuales y establecer un paralelismo con las tradicionales distinciones aspectuales empleadas para verbos. Así, del mismo modo que un verbo puede ser dinámico o estativo, un nombre puede ser [ $\pm$  forma] o [ $\pm$  homogéneo], lo que le otorga la capacidad de combinarse con ciertos elementos y no con otros. Obviamente, la diferencia entre el aspecto nominal [*Seinsart*] y el verbal [*Aktionsart*] radica en la diferente naturaleza de las entidades denotadas por nombres y verbos. De este modo, el autor apunta ya hacia el paralelismo entre las estructuras del sintagma nominal y verbal que sentará la base para su tratamiento teórico en el capítulo séptimo.

En el capítulo tercero, Rijkhoff continúa su análisis del núcleo central del SN, el nombre. El autor examina aquí aspectos de los nombres que en cierta medida influyen en su expresión formal o en el orden sintáctico del SN. Se trata de un capítulo de carácter eminentemente descriptivo, en el que se recogen una gran cantidad de datos de un modo que el propio autor caracteriza como arbitrario y de naturaleza un tanto superficial. Las interacciones existentes entre los diferentes constituyentes del SN, e incluso de fuera del SN, pueden tener impacto formal en el núcleo nominal. Nociones tradicionales como < $\pm$  Humano>, < $\pm$  Masculino>, < $\pm$  Femenino>, < $\pm$  Animado>, etc. parecen ser relevantes en las lenguas para la selección de un numeral o de una forma de demostrativo determinada y, en consecuencia, para establecer subclases de nominales dentro de una misma lengua.

Los capítulos 4 a 6 se centran en el estudio de los modificadores nominales. Según el autor, las contribuciones semánticas que pueden efectuar los modificadores de SN se recogen en tres categorías fundamentales: cualidad, cantidad y localización; cada una de ellas, a su vez, puede ser expresada a través de elementos gramaticales (operadores) o léxicos (satélites).

Los modificadores de cualidad hacen referencia a propiedades internas del núcleo nominal. La principal categoría de operadores de cualidad es la del aspecto nominal, cuya introducción resulta uno de los aspectos más novedosos de este estudio. Como señalé anteriormente, resulta ser la contrapartida en el SN del tradicional aspecto verbal. El aspecto nominal refiere al modo en que la propiedad o relación denotada por el predicado nominal se representa en la dimensión espacial. Así, el aspecto verbal se refiere a la es-

pecificación de un evento o estado en la dimensión temporal, mientras que el aspecto nominal hace lo propio en la dimensión locativa con respecto a los parámetros de forma y homogeneidad anteriormente mencionados.

De la misma manera que un operador verbal de aspecto progresivo se restringe en su combinación a verbos de carácter dinámico, los operadores de aspecto nominal modifican nombres conjunto, especificando el tipo de conjunto al que hacen referencia, ya sea individual o colectivo.

En este nivel del análisis del SN figuran asimismo modificadores de carácter léxico, realizados prioritariamente a través de adjetivos. Rijkhoff, no analiza las relaciones de alcance semántico en secuencias complejas de adjetivos, concentrándose más bien en establecer las interacciones de la categoría adjetivo con otros elementos en el SN y en comprobar la existencia de esta categoría léxica en las lenguas de su muestra. Su conclusión es que la existencia del adjetivo como clase léxica independiente en una lengua depende de una propiedad inherente a los nombres de esa lengua, que han de ser necesariamente [+ forma]. Obviamente, la cuestión que se plantea inmediatamente es por qué existe esa dependencia. Para el autor, la respuesta no resulta en absoluto clara, pero aventura la posibilidad siguiente: puesto que los adjetivos denotan propiedades o cualidades que necesariamente no pueden ser limitadas en el espacio físico resultaría difícil distinguirlos de los nombres [- forma], que tampoco son limitables.

Aun que estas apreciaciones son indudablemente relevantes, quizás se eche en falta en este capítulo un estudio más detallado de la estructura interna del sintagma adjetival, de sus patrones de complementación y de sus modificadores propios (adverbios, palabras de grado, etc.). Quizá la ausencia de estos aspectos se relacione con la escasez de datos tipológicos sobre la estructura del SN a la que el propio autor hace referencia, como ya señalé al inicio de esta reseña.

El capítulo quinto continúa el examen de los modificadores del nombre, concentrándose en los elementos gramaticales y léxicos que expresan la noción de cuantificación. La primera observación del autor es que algunos tipos de nombres no admiten la combinación con numerales o cuantificadores. Éste es el caso de los nombres tipo y de los nombres generales, que, al no estar limitados en el espacio, requieren la presencia de un elemento clasificador que sí puede ser pluralizado. Resulta un tanto preocupante, sin embargo, que la sección que caracteriza la expresión léxica de la cuantificación se restrinja a tan sólo tres páginas, obviando nuevamente temas tan importantes como la complementación de los cuantificadores. Si bien en el modelo teórico asumido por el autor, los verdaderos cuantificadores de naturaleza léxica se relacionan claramente con partes de habla primarias (verbo o nombre) quizás hubiese sido interesante evaluar hasta qué punto las alternativas formalistas que sugieren el tratamiento de los cuantificadores como núcleos sintácticos son sostenibles tipológicamente.

En el capítulo sexto el autor finaliza su examen de modificadores nominales con el tratamiento de los operadores y satélites de localización. Los elementos que pertenecen a esta categoría son operadores de (in)definido, demostrativos y, como satélites, las cláusulas de relativo, los modificadores posesivos o locativos. Según el autor, la función localizadora de estos elementos ha de entenderse en referencia al mundo discursivo y no necesariamente a localización de la entidad denotada en el espacio físico.

Sin embargo, aunque resulta obvio que un sintagma preposicional como “sobre la mesa” en la expresión “la carta sobre la mesa” tiene una función localizadora sobre el referente nominal, el caso de las cláusulas relativas es un tanto menos evidente. Tradicio-

nalmente se ha visto una cláusula de relativo como una estructura modificadora del nombre equivalente a un adjetivo, cuya diferencia radica en que la propiedad que expresa no ha sido lexicalizada en una lengua por medio de un predicado adjetival. En consecuencia, las relativas parecerían candidatos idóneos para el nivel de calificación, al igual que los adjetivos. De hecho, el autor establece una distinción entre las cláusulas relativas puramente calificadoras (e.g. “El coche que era rojo”) y las localizadoras (e.g. “El libro que compré para María ayer”), cuya función sería localizar un referente en la dimensión temporal a través del operador de tiempo gramatical que se introduce en el evento. Solamente estas segundas se situarían en el nivel de localización del sintagma nominal. Sin embargo, hubiese sido deseable un examen más detallado de las diferencias entre ambos tipos y, en especial, si este diferente alcance semántico se manifiesta en diferencias sistemáticas en su posición sintáctica en las lenguas de la muestra.

## 2. *La estructura subyacente del SN en la Gramática Funcional de Dik*

Jan Rijkhoff realizó sus estudios de doctorado en la Universidad de Amsterdam, donde se integró en el grupo de lingüistas liderados por Simon C. Dik y contribuyó activamente al desarrollo del modelo de la Gramática Funcional (GF). Desde los años ochenta, Rijkhoff ha realizado diversas aportaciones al estudio del SN en la GF, algunas de las cuáles fueron recogidas por Dik en su obra póstuma de 1997. El capítulo séptimo del presente volumen supone así la recopilación y actualización de las propuestas teóricas presentadas hasta la fecha sobre la base del importante estudio tipológico descriptivo presentado en los capítulos anteriores. En este sentido, la obra de Rijkhoff supone un ejemplo claro de la búsqueda por satisfacer el principio de adecuación tipológica que Dik impone para su modelo lingüístico: el formalismo de la teoría ha de ser válido para el estudio de lenguas diferentes y ha de surgir del estudio detallado de lenguas particulares.

La hipótesis fundamental de Rijkhoff en este punto es que existe un paralelismo claro entre la estructura subyacente de la cláusula y la del sintagma nominal. No es una hipótesis nueva, en la medida en que, en la gramática generativa, por ejemplo, los paralelismos estructurales entre el SN y el SV (y otras categorías) constituyen el sustento de la sintaxis de la X-barra desarrollada desde los años setenta. Quizá la diferencia entre ambos enfoques radica en que la versión de Rijkhoff pone énfasis en las relaciones de alcance semántico entre las diferentes categorías considerando la ordenación sintáctica de los constituyentes como su manifestación icónica.

En obvia consonancia con el estudio de los capítulos 2 a 6, Rijkhoff mantiene que tanto en la oración (al menos en lo que se refiere al nivel representativo o predicación en la GF) como en el SN es pertinente distinguir tres niveles de ordenación jerárquica: Calidad, Cantidad y Localización.

Los elementos que se sitúan en cada uno de esos niveles en el caso del SN han sido contemplados en los párrafos precedentes. Para el caso de la predicación verbal, Rijkhoff, adaptando ligeramente el análisis estándar de la GF, propone las siguientes categorías:

Cualidad: aspecto verbal y satélites de modo.

Cuantificación: aspecto semelfactivo o repetitivo (en el que se incluyen elementos que refieren a la repetición o recurrencia del estado de cosas (e.g.: “a menudo”, “a veces”, “de vez en cuando”, etc.).

Localización: tiempo gramatical y satélites locativos y temporales.

La propuesta que realiza Rijkhoff supone un avance sobre la presentada en Dik (1997); la principal diferencia radica en la introducción de una variable de representa-

ción 'X' que identifica el referente del SN. Esta variable es modificada por operadores y satélites de carácter discursivo. Candidatos claros para operadores de discurso parecen ser los de (in)definido, dado que identifican el referente como información conocida en el acto comunicativo, pero no resulta tan evidente qué satélites de discurso acompañan el SN. Como ejemplo, el autor apunta expresiones pseudo-idiomáticas como "just mentioned" en "the just mentioned proposal".

En consecuencia, el SN contiene ahora la tradicional variable 'x', que se reserva para el contenido descriptivo del SN, y la nueva variable 'X' para el referente del SN. El paralelismo con la organización de la cláusula resulta así más evidente, en cuanto el SN parece contener en su estructura las tradicionales funciones representativa e interpersonal que también figuran en la ordenación estratificada del enunciado que propone la GF.

Es importante señalar en este punto que la estructura del SN en la GF resulta ser un punto de especial interés en el desarrollo actual del modelo de Dik. La introducción de una variable discursiva para el SN parece encajar a la perfección en la reciente propuesta de Hengeveld (en prensa), la denominada Gramática Funcional del Discurso, en la que el autor incluye variables tanto para la función predicativa como para la función referencial de los constituyentes. En consecuencia, el debate sobre el análisis del SN parece estar en plena ebullición, hasta el punto de que constituye el tema central del reciente Congreso Internacional de Gramática Funcional que se celebró en Gijón del 22 al 25 de septiembre de 2004.

### 3. Principios de orden de constituyentes en el SN

Los principios de orden de constituyentes que afectan al sintagma nominal se encuadran dentro de la teoría de orden sintáctico propuesta por Dik para su Gramática Funcional. En este modelo, el orden sintáctico es el resultado de la interacción competitiva de principios que, en ocasiones, imponen demandas encontradas sobre las lenguas, lo que implica que el orden sintáctico final en un idioma es una solución de compromiso ante la diferente presión ejercida por cada uno de ellos.

La idea fundamental de este enfoque es que los principios de orden sintáctico delimitan el espacio para los posibles alineamientos sintácticos de los constituyentes en las lenguas. Sin embargo, es importante señalar que estos principios se formulan en forma de tendencias y no de reglas de carácter absoluto, con lo que la existencia de excepciones es un fenómeno esperable.

El primero de los principios examinados por Rijkhoff es el denominado Principio de la Integridad del Dominio, que especifica la tendencia de que los constituyentes aparezcan dentro de su propio dominio sintáctico y a no ser interrumpidos por constituyentes de dominios dependientes. Obviamente, las excepciones a este principio surgen a menudo de los fenómenos de discontinuidad sintáctica, que, como señala el autor, pueden venir motivados por otro principio funcional, el denominado Principio del Énfasis Pragmático. En otras ocasiones, la discontinuidad parece surgir de la necesidad de encontrar un orden sintáctico psicológicamente más procesable. Sin embargo, el tratamiento que ofrece el autor para este fenómeno es más bien escaso, dado que, como él mismo afirma, la evidencia tipológica a su disposición es fragmentaria. Si bien esto puede ser cierto, parece revelar que los estudios tipológicos aún carecen de la contundencia necesaria para ofrecer sustento teórico a fenómenos gramaticales de gran complejidad en los que a menudo interaccionan factores sintácticos, pragmáticos y de procesamiento, lo que deja algunos análisis en un nivel de detalle un tanto superficial.

En el capítulo noveno, el autor formula el Principio de la Proximidad del Núcleo que, en su versión fuerte, estipula que los núcleos de dominios subordinados tienden a aparecer cerca del núcleo del dominio principal. En consecuencia, Rijkhoff formula una relación jerárquica entre dominios que, para el caso del SN, sitúa como grupos subordinados el sintagma adjetival, poseedores y cláusulas relativas. Esto le hace formular la hipótesis de que el adjetivo aparecerá siempre junto al núcleo nominal. Las excepciones en las lenguas de la muestra parecen explicables a través de la interacción de otros factores al ser examinadas en detalle.

En las páginas 291 y ss. el autor examina la teoría de procesamiento de Hawkins (1994) que, según este último, subsume el principio de proximidad del núcleo. Rijkhoff se esfuerza por demostrar la superioridad de su principio sobre el de Hawkins, pero, en realidad, la existencia de una motivación psicológica bien puede considerarse un efecto positivo. El propio Dik señala que sus principios de orden de constituyentes han de ser explicados en términos de “naturalidad”, por lo que claramente la propuesta de Hawkins es complementaria a la de Rijkhoff. De hecho, una de las piedras angulares de la metodología funcionalista es la búsqueda de explicaciones externas para los fenómenos lingüísticos, por lo que la correlación existente entre ambas propuestas parece un hecho deseable y no necesita, en mi opinión, ser rebatido.

Finalmente, el capítulo décimo explora el denominado Principio del Alcance, de clara motivación icónica, que expresa la tendencia de los modificadores de situarse junto a la sección de la expresión lingüística que tienen bajo su alcance.

Resulta difícil hacer justicia al trabajo de Rijkhoff en una reseña de estas características. Por un lado, la riqueza de datos y el examen detallado de los mismos que el autor ofrece en los capítulos iniciales revelan bien a las claras el enorme esfuerzo que sin duda ha tenido que realizar el autor por llevar a cabo un estudio de tal envergadura. En ese sentido, su obra no puede más que calificarse como sobresaliente. Sin embargo, las consecuencias teóricas de su trabajo descriptivo quizá no alcanzan la misma contundencia que las páginas precedentes lo que provoca así una cierto efecto de descompensación en el volumen. Si bien es evidente que la propuesta de Rijkhoff ha sido efusivamente recogida en la GF de Dik y, en menor medida, en otro modelo funcionalista, la RRG de Van Valin [Van Valin y LaPolla (1997)], no es menos cierto que el hecho de que el autor se centre en el SN simple, hace que la obra pueda tener un menor impacto en modelos sintácticos formalistas. En principio, aunque esto suele ser habitual en la práctica investigadora contemporánea, con una clara división del panorama lingüístico en modelos formales y funcionales y un escaso intercambio de ideas entre ambos, el autor manifestaba en su capítulo inicial su especial interés por que su obra fuese de relevancia para lingüistas de diferente estirpe. El tiempo, no obstante, dirá hasta qué punto este objetivo se cumplirá, pero, en cualquier caso, no me cabe la menor duda de que la obra de Rijkhoff supondrá un referente fundamental en el estudio del SN desde una perspectiva funcional y servirá como base instigadora y fuente fundamental de datos para el análisis de fenómenos gramaticales que el autor ha dejado pendientes. Sólo por este motivo este volumen merece ser tenido en cuenta por cualquiera que se adentre en el estudio del sintagma nominal.

*Daniel García Velasco*

*Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa*

*Universidad de Oviedo, Campus de Humanidades, E-33071 Oviedo, España*

*E-mail: danielg@uniovi.es*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DIK, S.C. (1997), *The Theory of Functional Grammar*, Kees Hengeveld (ed.), Berlin, Mouton de Gruyter.
- HAWKINS, J. (1994), *A performance theory of order and constituency*, Cambridge, CUP.
- HENGEVELD, K. (en prensa) "The Architecture of a Functional Discourse Grammar", en Mackenzie, J.L. y Gómez-González, M.A. (eds.), *A New Architecture for Functional Grammar*, Berlin, Mouton de Gruyter.
- RIJKHOFF, J., BAKKER, D., HENGEVELD, K. y KAHREL, P. (1993), "A method of language sampling", en *Studies in Language* 17, pp. 169-203.
- VAN VALIN, R.D. y LAPOLLA, R.J. (1997), *Syntax. Structure, meaning and function*, Cambridge, CUP.